

D. FRANCISCO ORTEGA.

D. FRANCISCO ORTEGA.

Á ITÚRBIDE, EN SU CORONACIÓN.

¡Y pudiste prestar fácil oído
Á falaz ambición, y el lauro eterno
Que tu frente ciñera,
Por la venda trocar que vil te ofrece
La lisonja rastrera
Que pérfida y astuta te adormece!
Sús, despierta y escucha los clamores
Que en tu pro y del azteca infortunado
Te dirige la Gloria:
Oye el hondo gemir del patriotismo,
Oye á la fiel Historia,
Y retrocede ¡ay! del hondo abismo.
En el pecho magnánimo recoge
Aquel aliento y generoso brío
Que te lanzó atrevido
De Iguala á la inmortal heroica hazaña,
Y un cetro aborrecido
Arroja presto, que tu gloria empaña.
Desprecia la aura leve, engañadora,
De la ciega voluble muchedumbre,
Que en su delirio insana,
Tan pronto ciega abate como eleva,
Y al justo á quien «hosanna»
Ayer cantaba, su furor hoy lleva.
Con los almos patricios victoriosos,

Amigos tuyos y en el pueblo electos,
En lazo fiel te anuda:
Atiende á sus consejos, que no dañan:
Sólo ellos la desnuda
Verdad te dicen; los demás te engañan.
Esos loores con que al cielo te alzan,
Los vítores confusos que de Anáhuac
Señor hoy te proclaman,
Del rango de los héroes, inhumanos,
Te arrancan, y encaraman
Al rango ¡oh Dios! fatal de los tiranos.
¿No miras, ¡oh caudillo deslumbrado!
Ayer delicia del azteca libre,
Cuánto su confianza,
Su amor y gratitud has ya perdido,
Rota ¡ay! la alianza
Con que debieras siempre estarle unido?
De puro y tierno amor no cual solía
Allegarse, veráslo ya á tu lado,
Y el paternal consejo
De tus labios oír: mas zozobran
Temblar al sobrecejo
De tu faz imperiosa y arrogante.
La cándida verdad, que te mostraba
El sendero del bien, rauda se aleja
Del brillo fastuoso
Que rodea ese solio tan ansiado;
Ese solio ostentoso
Por nuestro mal y el tuyo levantado.
Y en vez de sus acentos celestiales,
Rastrera turba, pérfida, insolente,
De astutos lisonjeros,
Hará resonar sólo en tus oídos
Loores placenteros:
¡Ah, placenteros..... pero cuán mentidos!
No así fueron los himnos que entonara
Tenoxtitlan cuando te abrió sus puertas;
Y saludó risueña
Al verte triunfador y enarbolando

La trigarante enseña,
Seguido del leal patricio bando.
¡Con qué placer tu triunfo se ensalzaba!
La ingenua gratitud, ¡con qué entusiasmo
Lo grababa en los bronce!
¡Tu nombre amado con acento vario
Cuál resonaba entonces
En las calles, las plazas y el santuario!
Ni esperes ya el clamor del inocente,
Ni de la ley la majestad hollada,
Ni el sagrado derecho
De la patria vengar: que el cortesano,
De ti en continuo acecho,
Atará para el bien tu fuerte mano.
¿De la envidia las sierpes venenosas
Del trono en derredor no ves alzarse,
Y con enhiestos cuellos
Abalanzarse á ti? ¿Los divinales
Lazos de amistad bellos
Rasgar, y conjurarte mil rivales?
La patria, en tanto, de dolor acerbo
Y de males sin número oprimida,
En tus manos ansiosa
Busca el almo perdón con que juraste
La libertad preciosa,
Que por un cetro aciago ya trocaste.
Y no lo halla, y en mortal desmayo
Su seno maternal desgarrar siente
Por impías facciones;
Y de desolación y angustia llena,
Los nuevos eslabones
Mira forjar de bárbara cadena.
¡Oh, cuánto de pesares y desgracias;
Cuánto tiene de sustos é inquietudes,
De dolor y de llanto.....
Cuánto tiene de mengua y de mancilla,
De horror y luto cuánto
Esa diadema que á tus ojos brilla!

D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

ROMANCE MORISCO.

No pienses, Zaida enemiga,
Que se ignoran tus traiciones,
Y lo mal que á tus palabras
Con tus hechos correspondes.
Ya sé que Tarfe te adora,
Sin extrañar que te adore;
Que el sol para todos luce,
Y de ninguno se esconde;
Mas sé también que en mi daño
Escuchaste sus razones,
Y sus finezas pagaste
Con permitidos favores.
Sé que tu calle pasea,
Y que te asomas entonces,
Y que sus ojos te hablan
Y que los tuyos responden.
Sé que en los juegos te sirve,
Ya vistiendo tus colores,
Ya ornando el novel escudo
Con la cifra de tu nombre.
Sé, por fin, que compra el necio
Interesadas acciones
De esclavos, que como tales
Su vil precio reconocen;
Y que sepa mis agravios
Tampoco, Zaida, te asombre,

Que nunca falta quien cuente
Desaires y sinsabores.
No te pido por lo tanto
Pensadas satisfacciones,
Pues el que las solicita
Luego es fuerza las abone.
Sólo sí decirte quiero
Que en hora buena te goces
En los plácidos recreos
De tus recientes amores;
Que me olvides..... mas no, Zaida,
No logrará tal renombre
El infame que me ofende
Con sus locas pretensiones.
Daréle muerte mil veces
Antes que su intento logre,
Y escribiré con su sangre
La fecha de sus traiciones.
Pero no quiero matarle
Sólo porque no le llores
Y tus lágrimas le vuelvan
Lo que mi acero le cobre.
Segunda vez lo repito:
En hora buena le goces,
Y en tiernos lazos, tirana,
Su constancia galardones;
Que á mí para consolarme
No es maravilla me sobre
Ocasión en la memoria
De tu trato falso y doble.
Dijo Zulema á su Zaida
En mal concertadas voces
Estas quejas que sus celos
Califican de razones;
Ella quiso responderle,
Mas no pudo, que á galope
Apenas las articula,
Para Antequera volviöse.

D. IGNACIO RODRÍGUEZ GALVÁN.